

## Momotombo

*O vieux Momotombo, colose chauve et nu...*

VÍCTOR HUGO

El tren iba rodando sobre sus rieles. Era  
en los días de mi dorada primavera  
y era en mi Nicaragua natal.

De pronto, entre las copas de los árboles, vi  
un cono gigantesco, «calvo y desnudo», y  
El tren iba rodando sobre sus rieles. Era  
lleno de antiguo orgullo triunfal.

Ya había yo leído a Hugo y la leyenda  
que Squire le enseñó. Como una vasta tienda  
vi aquel coloso negro ante el sol,  
maravilloso de majestad. Padre viejo  
que se duplica en el armonioso espejo  
de una agua perla, esmeralda, col.

Agua de un varío verde y de un gris tan cambiante,  
que discernir no deja su ópalo y su diamante,  
a la vasta llama tropical.

¡Momotombo se alzaba lírico y soberano,  
yo tenía quince años: una estrella en la mano!  
Y era en mi Nicaragua natal.

Ya estaba yo nutrido de Oviedo y de Gomara,  
y mi alma florida soñaba historia rara,  
fábula, cuento, romance, amor  
de conquistas, victorias de caballeros bravos,  
incas y sacerdotes, prisioneros y esclavos,  
plumas y oro, audacia y esplendor.

Y llegué y vi en las nubes la prestigiosa testa  
de aquel cono de siglos, de aquel volcán de gesta,  
que era ante mí de revelación.

Señor de las alturas, emperador del agua,

a sus pies el divino lago de Managua,  
con islas todas luz y canción.  
¡Momotombo! —exclamé—. ¡Oh, nombre de epopeya!  
Con razón Hugo el grande en tu onomatopeya  
ritmo escuchó que es de eternidad.  
Dijérase que fueses para la sombras dique,  
desde que oyera el blanco la lengua del cacique  
en sus discursos de libertad.

Padre del fuego y piedra, yo te pedí ese día  
tu secreto de llamas, tu arcano de armonía,  
la iniciación que podías dar;  
por ti pensé en lo inmenso de Osas y Peliones,  
en que arriba hay titanes en las constelaciones  
y abajo dentro la tierra y el mar.

¡Oh, Momotombo ronco y sonoro! Te amo  
porque a tu evocación vienen a mí otra vez,  
obedeciendo a un íntimo reclamo,  
perfumes de mi infancia, brisas de mi niñez.

¡Los estandartes de la tarde y de la aurora!  
Nunca los vi más bellos que alzados sobre ti,  
toda zafir la cúpula sonora  
sobre los triunfos de oro, de esmeralda y rubí.

Cuando las babilonias del Poniente  
en púrpuras catástrofes hacia la inmensidad  
rodaban tras la augusta soberbia de tu frente  
eras tú como el símbolo de la Serenidad.

En tu incesante hornalla vi la perpetua guerra,  
en tu roca unidades que nunca acabarán.  
Sentí en tus terremotos la brama de la tierra  
y la inmortalidad de Pan.

¡Con un alma volcánica entré en la dura vida,  
Aquilón y Huracán sufrió mi corazón

y de mi mente mueven la cimera encendida  
Huracán y Aquilón!

Tu voz un día Cristóforo Colombo;  
Hugo cantó tu gesta legendaria. Los dos  
fueron, como tú, enormes, Momotombo,  
montañas habitadas por el fuego de Dios.

¡Hacia el misterio caen poetas y montañas;  
y rompecabezas el cielo de cristal  
cuando luchan sonando de Pan las siete cañas  
y la trompeta del Juicio Final!

*(El canto errante, 1907)*